

rado, el 2º de infantería con el cañoncito de á 3. El parque quedó á retaguardia junto al bosque.

El comandante Calderón formó en columna el 2º y se avanzó con él, haciendo algunos disparos sin éxito, con el cañón (b). Yo, que lo ví comprometerse con sólo 80 hombres hacia el centro de la línea enemiga, corrí á contenerlo, manifestándole lo arriesgado del movimiento. Tuvo la bondad de escucharme y aún me pidió mi parecer sobre el ataque. Le dije que me parecía conveniente ocupar el cerro de la derecha antes que el enemigo lo hiciera. Convino conmigo y me dijo que él mismo lo iba á ocupar con el 2º. Le manifesté que era muy poca fuerza y de muy poca confianza, y me dijo que llevaría también la compañía de Canto. Contramarchó en el acto, sostenido por el fuego de la artillería del batallón Matamoros. Se dirigió á este cuerpo recomendándole, lo mismo que á la caballería, que me obedecieran, como si fuese á él mismo, en cuanto yo dispusiera; y me dejó, haciéndome responsable de aquella parte de la línea.

No sé si por consideración á ser yo oficial del ejército, si por las circunstancias en que nos encontrábamos, ó bien por haberme granjeado las simpatías de aquellos señores, lo cierto es que tanto el comandante Vallejo que mandaba Matamoros, como el mayor Arandia y en general todos los oficiales y tropa de aquella Guardia Nacional, me obedecieron con el mayor gusto cuanto les mandé.

El comandante Calderón comenzó á subir el cerro con el 2º, y después llegó la compañía de Canto. No sé por qué razón se detuvo aquella fuerza á la mitad de la subida, dando tiempo al enemigo, que había observado el movimiento, á subir también con una columna por el lado opuesto. Mi posición hacía que yo pudiese ver á la vez las fuerzas que ascendían al cerro por lados opuestos, y mi angustia fué grande al ver que el enemigo lo coronaría antes que nosotros. Por fin, lleno de zozobra, oí á las cornetas del 2º tocar fagina y marcha. ¡Ya era tiempo! Corrí á las dos piezas que apoyaban la derecha de Matamoros y dije á Eutimio González que apuntara

las piezas á unos matorrales que le indiqué, y por donde debía aparecer el enemigo. Este González era un antiguo artillero que había hecho conmigo la campaña contra los americanos y que se hallaba licenciado. Al verme en Morelia quiso á todo trance acompañarme en esta expedición. Años después lo fusilaron las tropas de Santa Anna porque servía de correo á los liberales.

En el momento en que los pronunciados ocupaban la cumbre del cerro, desplegando en batalla en la dirección de los matorrales indicados, Eutimio los saludó con las balas de sus cañones. El 2º y Canto que llegaron en seguida, rompieron el fuego sobre aquella batalla, que compuesta de reclutas no pudo sostener este doble ataque. Un cañoncito que tenía el enemigo colocado en la falda del cerro, lo dirigió contra nuestra artillería, en vez de hacerlo contra los asaltantes. (c)

La diana que tocaron las cornetas del 2º y de Canto, nos anunciaron la conquista del cerro.

En esto había yo notado que algunas fuerzas de caballería é infantería, habían penetrado en el bosque que cubría nuestra izquierda, y comprendí que el enemigo trataba de envolvernos (d). Mandé en el acto á Villerrías que fuera á ocupar el bosque y me dirigí al batallón Matamoros pidiendo un capitán que tuviese buena voluntad. Salió D. Manuel García Pueblita y me preguntó que qué había que hacer. Le contesté que era preciso ocupar el bosque á donde había ido el capitán Villerrías. (e)

En el momento hizo Pueblita que desfilara su compañía y marchó á paso veloz á ocupar el bosque. No bien había desaparecido entre los árboles, cuando se oyó un tiroteo bastante nutrido. Temiendo que pudiera el enemigo forzar aquella ala, en cuyo caso nuestra posición sería crítica, mandé de refuerzo al teniente D. Rafael Huerta, con veinte hombres.

Quedéme, pues, en medio del llano con un puñado de soldados de Matamoros y tres piezas, dos á la derecha y una á la izquierda; porque el cañoncito de á 3 se había desmontado y estaba en el parque. (f)

El enemigo, que notó tan poca fuerza, comenzó á reunir caballería para atacarla. Comprendiendo que en aquella posición no podíamos defendernos, resolví retirarme al bosque que había á nuestra espalda. Me dirigí á la tropa recomendándole silencio y calma, hice poner las piezas á la prolonga, la tropa dió media vuelta, y juntas emprendieron la marcha y ganaron el bosque con el mayor orden (g). Allí se formó en batalla, y el enemigo suspendió su ataque.

Llegó en estos momentos el comandante Calderón, y preguntándome mi opinión sobre el estado que guardaban las cosas, le manifesté que me parecía indispensable asegurar el cerro conquistado; porque nuestras fuerzas se hallaban diseminadas, y no podrían socorrerlo en el caso de que el enemigo, mirando que no se le perseguía, se rehiciera y tratara de recobrarlo. En esta eventualidad sólo contaríamos con la compañía de Canto, sin su capitán, que se hallaba gravemente herido, porque aunque también estaba el 2º, no inspiraba confianza, y viéndose solo podía muy bien realizar su deseo de pasarse al enemigo.

Después de esta conversación, Calderón mandó que la fuerza que se batía en el bosque á nuestra izquierda, se retirase combatiendo por el mismo bosque para incorporarse al centro. Mientras, éste se aproximó á la falda del cerro y tomó posiciones tras unas cercas á los lados del camino donde este desemboca (h). Entre tanto, trabajábamos en subir la artillería y los carros que se hundían en aquella tierra floja y labrada.

La tropa que estaba con Pueblita, en lugar de retirarse haciendo fuego por entre los árboles, volvió la espalda y atravesó el llano á la carrera. Alcanzada por la caballería enemiga, ésta hizo varios prisioneros, entre ellos al capitán Pueblita y al teniente Cória.

También lancearon á algunos soldados, al sargento Tenorio y á una mujer.

Creyendo, pues, aquella gente que estaban de triunfo, siguieron persiguiendo á los dispersos hasta la entrada del camino, donde fueron recibidos con una descarga.

Esto, y algunos cañonazos disparados desde el cerro, la sacaron de su error y tomó la fuga por donde la habían verificado sus compañeros.

(La lámina 2ª dará una idea del terreno y de la acción).

La acción había pues terminado. Al enemigo, fraccionado en multitud de grupos, lo veíamos desde la altura retirarse en todas direcciones. Nuestros cornetas tocaban la diana y nuestras tropas se habían reunido en la cumbre del cerro (i). Pátzcuaro se veía á nuestros pies como una ciudad desierta.

Sin embargo, nuestra situación era crítica. Mientras los soldados del 2º, para quienes aquella acción no había sido más que un juguete, descansaban formados sobre las armas con semblantes risueños, los del Batallón Matamoros, asustados de su mismo triunfo y desmoralizados con la vista de los muertos, no escuchaban la voz de sus oficiales, ni era posible hacerlos formar.

Este estado de la tropa nos dió á conocer que aunque habíamos cumplido la primera parte de nuestro plan con felicidad, no sería posible cumplir la segunda. En efecto, allí habíamos vencido acaso á más de mil hombres; pero de gente colecticia y mal dirigida. Era de suponer que los dispersos de esta acción se reunirían con Uraga; y aunque no lo hicieran más que 400, aquel General nos presentaría 800 hombres, la mayor parte de línea, bien mandados y con un cañón que valía por todos los nuestros.

Es evidente que con aquellos soldados que habían triunfado tan fácilmente y sin embargo se hallaban desmoralizados, no podía esperarse derrotar á un número doble y superior en todo.

Estas consideraciones decidieron al Comandante Calderón á regresar á Morelia, en donde podía, en nuestra ausencia, estallar un pronunciamiento.

Después de la acción se recogieron los heridos de ambos partidos, el armamento y un cañón que dejó el enemigo.

A pesar de los esfuerzos del Comandante Calderón, no pudo conseguir que el Médico Cirujano Mota abriese el

botiquín para curar á los heridos, porque siendo un cajón cerrado de firme, temía que sufrieran deterioro las medicinas.

Entre los heridos se hallaba, como he dicho, el capitán D. Benigno Canto, atravesado del cuello. Este oficial, como todos los demás heridos, pasó la noche sin recibir la primera curación.

Por supuesto, este día tampoco comió, sino aquel muy raro que llevaba algunas provisiones: los demás ayunamos.

Al día siguiente muy de mañana se levantó el campo, y entramos á Pátzcuaro. Esta es una población eminentemente conservadora. Se había dicho allí que las tropas del Gobierno estaban excomulgadas; que eran chusmas de herejes y bandidos; que iban á saquear, á forzar mujeres y á cometer todo género de excesos. Así fué que la población estaba desierta. Los hombres habían montado á caballo é incorporádose con Bahamonde en su retirada. Las mujeres se hallaban refugiadas en los conventos de monjas. El comercio estaba cerrado. Toda la ciudad parecía un desierto.

Después de acuarteladas las tropas, el comandante Calderón comenzó á tomar algunas medidas importantes. Sacó de la cárcel á algunos presos que no tenían otro delito que ser liberales, entre ellos á D. Rafael Degollado, hermano de D. Santos, entonces Rector del Colegio de San Nicolás en Morelia. Hizo comparecer al Presidente del Ayuntamiento, única autoridad que había quedado, y le extrañó por la hostilidad con que se recibía á las tropas del Gobierno, siendo así que él había ofrecido á la población toda clase de garantías; que hiciera en el acto abrir el comercio, porque la tropa venía necesitada: que todo lo que se consumiera sería pagado, pues había dinero para ello. Poco tiempo después las tiendas comenzaron á abrirse.

Pero la poca gente que había quedado en Pátzcuaro nos era abiertamente hostil. El populacho, ebrio y armado de puñales, presentaba un aspecto siniestro; y si la

tropa no hubiese estado acuartelada, muchos soldados habrían sido asesinados.

A pesar de todas las precauciones, el aguardiente había sido introducido al cuartel y se notaban síntomas alarmantes de embriaguez.

Todo conspiraba á que nuestros soldados se desmoralizaran. El cielo estaba entoldado y sombrío; una lluvia fina empapaba la tierra. Era una mañana verdaderamente triste. En esto las campanas de las iglesias comenzaron á doblar, y una fúnebre procesión desfiló por delante del cuartel. La autoridad á quien el comandante Calderón había ordenado la inhumación de los cadáveres, mandó al lugar de la acción gente provista de gruesos morillos. En éstos, con el auxilio de dos cordeles y conducidos por dos hombres, venían suspendidos los cadáveres, algunos en estado de desnudez, mostrando sus horribles heridas, especialmente los alcanzados por balas de cañón.

Los recuerdos de la víspera, la acción del aguardiente, y aquel espectáculo pavoroso, influyeron de tal manera en el ánimo de algunos soldados, que la insubordinación y el desorden comenzaban á hacerse alarmantes en el cuartel.

Como nuestra permanencia en Pátzcuaro no tenía objeto después de la derrota de Bahamonde, ni era posible que marchásemos en busca de Uraga, nuestra vuelta á Morelia se hacía necesaria, tanto para evitar allí un movimiento, como porque podía Uraga dirigirse á ella sabiendo que estaba muy mal guarnecida. Aunque el comandante Calderón había fijado la marcha para el día siguiente, en vista del aspecto que las cosas iban tomando, resolvió que saliéramos inmediatamente.

Entregó los heridos graves á D. Agustín Grande, Presidente del Ayuntamiento, dejándolos como huéspedes y bajo la protección de la ciudad de Pátzcuaro, con encargo de remitirlos á Morelia en cuanto sanaran y defendiéndolos del enemigo, si éste volvía, puesto que no eran sus prisioneros.

A la una de la tarde, bajo la lluvia, con parte de la tropa de Matamoros borracha é insolentada, salimos de

Pátzcuaro, y por mucho tiempo fuimos oyendo el eco de las campanas que seguían doblando.

En el camino tuvimos que apagar uno de los carros de municiones cuyas maderas comenzaban á arder; y antes de llegar á Huiramba un soldado que cayó, al pasar un arroyo, disparó su fusil é hirió á tres hombres.

Pernoctamos en Huiramba, y al día siguiente entramos á Morelia, donde los conservadores nos daban por derrotados.

Como he demostrado, el enemigo estaba lejos de ser tan despreciable como nos hacía creer el Sr. Ocampo. Nos había presentado un batallón de 400 á 500 plazas, bien armado y vestido y con oficiales bastante regulares. La caballería, que era muy superior á la nuestra, pasaba de 500 hombres y tenía un cañón. Sospechando ésto, fué mi empeño que fuéramos superiores en artillería.

Tres causas determinaron nuestro triunfo: 1.<sup>a</sup> Haber volteado la posición del Cristo; 2.<sup>a</sup> Que el enemigo no ocupó á tiempo el cerro de su izquierda; 3.<sup>a</sup> Que no tomó desde el principio la iniciativa con todas sus fuerzas.

NOTAS.—1.<sup>a</sup> En todo el curso de este escrito puede observarse lo inconveniente que es confiar á tropas improvisadas la defensa de las instituciones y de los Estados; pues se nota la diferencia entre aquellas y las de línea.

2.<sup>a</sup> las apreciaciones hechas sobre el 2.<sup>o</sup> de infantería, se fundan: en su conducta durante esta expedición; en datos recogidos de varios amigos después de la revolución; y en fin, en el fuerte extrañamiento que hizo el General Don José María Tornel, siendo Ministro de la Guerra, al Capitán Vivanco, por no haber cumplido sus compromisos en Michoacán; cosa que me consta.

Sacado de mis apuntes de campaña.—México, Mayo de 1871.

P. S. Debo decir, en prueba de imparcialidad, que ocupado Pátzcuaro nuevamente por el enemigo, éste mandó á Morelia al Capitán Canto y á los demás heridos que dejamos en aquella ciudad.

Desgraciadamente este ejemplo no fué imitado en las luchas subsecuentes.

---

## Marcha sobre los sublevados de Maravatío.

---

**M**UN no nos quitábamos el polvo del camino, cuando llegó la noticia de que el español Don José Urquiza se había pronunciado en Maravatío con quinientos rancheros montados.

Pocos días antes, los indígenas de Cuitzeo se habían levantado también; y habiendo el Gobernador Ocampo mandado comisionados á los Señores Alcaraz y Tena, personas de prestigio entre ellos, con el fin de hacerlos volver al orden, los sublevados los maltrataron, volviendo aquellos Señores á Morelia, llenos de heridas y contusiones.

Los dispersos de Bahamonde se habían incorporado á las fuerzas de Uruga y se disponían á tomar la iniciativa. El General Uruga, que juzgaba aquel teatro muy reducido para él, había marchado á Guadalajara llevando una escolta.

Como se vé, estábamos rodeados por todas partes; y el Señor Ocampo había dado licencia al Batallón Matamoros para que los soldados fuesen á sus casas, no dejando en el cuartel más que una compañía.

En tan apuradas circunstancias, no podía disponer más que del 2.<sup>o</sup> de los gendarmes y la caballería. Es decir, que á excepción de esta última, no había más fuerzas que las desafectas al Gobierno. Con los 80 hombres del 2.<sup>o</sup>, con poco más de 100 gendarmes y unos 80 caballos,